

DE LA HISTORIA MORAL A LA HISTORIA EXPLICATIVA

Un debate sobre la identidad y el papel de la historia en la sociedad

Álvaro Acevedo Tarazona

Doctor en Historia,

Universidad Tecnológica de Pereira

Miembro de la Academia Pereirana de Historia

Resumen

¿Por qué persisten los juicios morales y los análisis teleológicos en la historia?, ¿Es acaso la identidad una construcción histórico-social? Son algunas de las preguntas que se hace este escrito para tratar de responder a una pregunta mayor: ¿Cuál es el papel del historiador en la sociedad? Por supuesto, este ensayo no pretende dar una respuesta acabada a tamaña pregunta, pero sí quiere entrar, con su propia visión, en este debate que se ha planteado por historiadores y corrientes historiográficas. En Colombia no son pocas las interpretaciones que se pueden encontrar al respecto, como es el caso en Pereira por la actual discusión del cambio de nombre de una calle o por otros ejemplos en la geografía nacional, como se intentará mostrar.

Abstract

¿Why the moral judgments and the teleological analyses persist in history?, ¿A historical-social construction is perhaps the identity?, they are some of the questions that are made this writing to try to respond to a greater question: ¿Which is the paper of the historian in the society? Of course, this test does not try to give a finished answer to so large question, but it wants to enter, with his own vision, in this debate that has considered by historians and historiográficas currents. In Colombia the interpretations are not few that can be found on the matter, as it is the case in Pereira by the present discussion of the name change of a street or by other examples in national geography, as it is tried to show.

Palabras claves

Historia social, identidad, historia moral, historia explicativa, debate, utilidad.

Hace algo ya más de cuarenta años, con motivo de las celebraciones del Centenario de Pereira, el maestro Jaime Jaramillo escribió una historia de esta ciudad creada en 1863 y lugar de la antigua Cartago por cerca de ciento cincuenta años (1540-1691)¹, tal como hoy dan prueba las excavaciones arqueológicas en los salados del Consotá y los vestigios óseos y materiales hallados en el suelo de la Catedral de Nuestra Señora de la Pobreza, entre los

¹ JARAMILLO URIBE, Jaime, *Historia de Pereira (1863-1963)*, en CLUB ROTARIO, *Historia de Pereira*, Bogotá, Voluntad, 1963.

cuales, uno de ellos, se asoció de manera contundente a una fecha de carbono catorce que se aproxima al rango de 1640².

Para las celebraciones del Centenario (1963), el club Rotario, gestor de la idea, también contrató los oficios de otros dos insignes representantes de la academia, que más adelante, al igual que Jaime Jaramillo, descollarían en el campo de las ciencias sociales: Luis Duque Gómez quien elaboró *una reseña etno-histórica y arqueológica de los Quimbayas*³ y Juan Friede quien hizo una *Historia de la antigua ciudad de Cartago*⁴ antes de su traslado en 1691 al sitio actual.

Como es sabido, a estos ilustres intelectuales de las ciencias sociales en Colombia también se les adscribió a una corriente que cambiaría las formas de investigar el pasado, hoy reconocida como la Nueva Historia. El mote con el cual el poeta Darío Jaramillo Agudelo bautizó a esta corriente⁵, entre otras cosas se caracterizó por reencontrarse con aquella Colombia de los indígenas y negros, de los colonizadores, mestizos, artesanos, obreros⁶. Una historia que propugnaba por comprender a hombres y mujeres de todas las condiciones sociales y etnias, explicar los procesos históricos “con sus aspectos positivos y negativos, con sus luces y sombras” –diría Jaime Jaramillo Uribe–, pero ante todo evitando establecer leyendas negras⁷. No porque tal vez éstas no existieran, sino porque su enfoque emocional construía una historia selectiva y determinista, aun teleológica, pues el fin último era describir la maldad de los conquistadores frente a los desprotegidos y casi buenos salvajes indígenas, la voraz y desalmada oligarquía frente al pueblo inerme y desvalido, la mala madre española frente a los nuevos héroes de la patria.

La *Historia de Pereira*, por decirlo de otra manera, fue uno de los primeros trabajos en Colombia que quiso abordar el estudio del pasado sin la carga emocional que la caracterizaba. Después de cuarenta años de publicarse este libro, se esperaría entonces que las enseñanzas escritas allí hicieran hoy parte de la memoria de la ciudad, máxime cuando nadie discute lo consignado en sus enfoques explicativos al igual que la autoridad académica de quienes hicieron parte de este proyecto. Empero, una cosa es lo que pueda significar el libro como un artefacto cultural de cierta presencia en la ciudad (el texto incluso fue reeditado por el Club Rotario en el año 2002) y otra la recepción del mismo en el habitante común y silvestre, maestros de escuela, profesores universitarios, estudiantes o autoridades académicas y públicas de la ciudad.

² El análisis de radiocarbono asociado a uno de los restos óseos hallados en el piso de la Catedral fue realizado por *Beta Analytic Radiocarbon Dating Laboratory*, Miami, Florida, 2004.

³ DUQUE GÓMEZ, Luis, *Los Quimbayas: reseña etnohistórica y arqueológica*, en CLUB ROTARIO, *Historia de Pereira*, Bogotá, Voluntad, 1963.

⁴ FRIEDE, Juan, *Historia de la antigua ciudad de Cartago*, en CLUB ROTARIO, *Historia de Pereira*, Bogotá, Voluntad, 1963.

⁵ Sobre el nombre con el que se bautizó a esta corriente formadora de los primeros historiadores profesionales en Colombia, véase: ARCHILA NEIRA, Mauricio, “Jaime Jaramillo Uribe: padre de la Nueva Historia”, en *Revista Credencial Historia*, No. 115, julio de 1999.

⁶ BARONA BECERRA, Guido, “Historia y metahistoria: Los límites de la interpretación y de la narración histórica e Colombia”, en MAYA RESTREPO, Adriana y BONNET VÉLEZ, Diana, compiladoras, *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI: Homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, Bogotá, Uniandes, 2003, págs. 78-79.

⁷ JARAMILLO URIBE, Jaime, “Palabras a cargo del doctor Jaime Jaramillo Uribe”, en MAYA RESTREPO, Adriana y BONNET VÉLEZ, Diana, compiladoras, *Balance y desafío de Colombia al inicio del siglo XXI: Homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2003, pág. 12.

Se ha traído a colación todo este preámbulo, porque precisamente hace ya algunos meses se suscitó un debate en el Concejo de Pereira que remite a la historia y su papel en la sociedad, ya sea para legitimar dudosos criterios de autoridad y juicios morales o para encontrar explicaciones del pasado mejor documentadas y más aproximadas a la verdad. El resumen de la historia es el siguiente: la Academia Pereirana de Historia presentó a través del concejal Eduardo Mora Cardona un Proyecto de Acuerdo para cambiar el nombre de la calle Belalcázar por el de Robledo. No era posible que una avenida de reciente construcción y tan importante para la ciudad, argumentarían algunos, llevara el nombre del asesino de Robledo; otros, en cambio, argumentarían que no se podía denominar una calle de esta manera porque sencillamente Jorge Robledo y no Sebastián de Belalcázar había sido el fundador de Cartago, o mejor, de la antigua Cartago, sitio donde se creó Pereira en 1863 y el cual durante el periodo colonial estuvo adscrito a la Gobernación de Popayán. Atendiendo a la solicitud, el Concejo de Pereira nombró una comisión para discutir el Proyecto, el cual se aprobó y pasó a debate. Presentado éste ante la sala, hubo voces en desacuerdo, incluso, en llamar la calle Robledo porque a un asesino de indios como éste no se le podía hacer tal homenaje; de manera que lo mejor era que el nombre de la calle Belalcázar fuera cambiado por un merecido nombre autóctono, tal vez de un lugar o de un cacique, Consota por ejemplo, que rescatara las raíces de nuestro pasado aborigen. Finalmente, ante tanto desacuerdo y juicios morales, verbigracia de las alianzas políticas (la iniciativa había sido presentada por un concejal que no integraba la coalición mayoritaria de esta colectividad), el Proyecto se retiró al no encontrar un consenso aprobatorio por la mayoría de los concejales.

Más allá de los intereses cortoplacistas que definen el juego de las alianzas y coaliciones en el Concejo de Pereira, además de su poco interés por comprender la historia local y regional, como se demostró en el debate, este proyecto, que ha causado todo tipo de aliados y contradictores, deja ver varias consecuencias. Primero, la afanosa búsqueda de identidad para una ciudad como Pereira que no encuentra aún los referentes históricos y simbólicos que la definan y promuevan un sentido de pertenencia entre sus habitantes. No obstante, para muchas voces autorizadas de la ciudad, precisamente, esta “ausencia de identidad” es lo que expresa una forma del “ser pereirano”, por definirse la urbe a sí misma como una *ciudad sin puertas* y siempre dispuesta a tratar a propios y extraños como en su misma casa. Segundo, un debate moral sobre la historia. Tercero, las enseñanzas que se desprenden para los investigadores y profesores acerca del papel y la utilidad de la historia en la sociedad. Con el fin abordar la discusión, cada una de estas consecuencias se tratará en su orden.

La identidad

El debate sobre las identidades es un tema que hoy preocupa a la comunidad internacional ante los exacerbados nacionalismos que en el propio corazón de la “civilizada” Europa han dado cuenta de los genocidios más espeluznantes (las guerras nacionales de la ex Yugoslavia) y que hoy, en nombre de la paz y la seguridad nacional, cubren con un manto de vergüenza la intervención en Irak y la construcción del muro en Israel. Hechos que nos regresan a la época de las cavernas o que nos demuestran que tal vez nunca hemos salido de ellas, haciendo hoy más que nunca vigente el viejo principio contractual del Estado moderno hobbesiano por la vía negativa: es en el temor a la guerra y a la muerte que los

hombres y mujeres pactan con un poder superior (El Leviatán) para que los proteja de su natural y proclive condición al egoísmo, a la maldad.

Pero sin ir muy lejos, el tema de la identidad es también un tema de preocupación en nuestras propias fronteras nacionales, teniendo en cuenta que los colombianos somos distintos y diversos. Regionalismos, costumbres disímiles, hablas diferenciadas y hasta propuestas de independencia, como la antioqueña hace algunos años, han sido la constante de nuestra forma de ser. En el denominado “Eje Cafetero” (valga acotar, donde ya el café no representa su identidad) la situación no es menos distinta pese al origen y desenvolvimiento histórico compartido por esta región: hablamos de paisaje, colonización, economía cafetera en el pasado, posición estratégica, turismo y últimamente de una situación de depresión económica (desempleo, altos niveles de emigración al igual que de pobreza e indigencia) y pequeños carteles de la droga, además de un proceso explosivo de pueblos gravitando alrededor de tres ciudades principales: Armenia, Pereira y Manizales.

De otro lado, sólo hay que escuchar a los habitantes de estas ciudades para saber que los cuyabros se perciben abandonados del eje del desarrollo regional (hoy proclaman la *Quindianidad* como una forma de ser distintos), que muchos pereiranos no se sienten de raigambre paisa así coman frijoles con garra como su plato más apetecido o que los manizalitas se consideren de mejor familia.

Según el diccionario de la *Real Academia Española*⁸, identidad (cualidad de idéntico) es el conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás. Visto así, el tema de la identidad sería un tema de nunca acabar al intentar definir los límites de conciencia que una colectividad tiene de sí misma frente a otra. No obstante, es innegable que en Colombia o en cualquier lugar del mundo muchas colectividades se perciben distintas de otras. Los ejemplos abundan y serían interminables en nuestra geografía nacional, más ahora que las minorías étnicas adquieren una mayor legitimidad en su afirmación cultural e histórica. El árbol de Ogún en las comunidades afrocolombianas del río Baudó, por citar sólo un ejemplo, hunde sus raíces en una práctica ancestral africana que consiste en sembrar dicho árbol, primero, en las azoteas de las casas cuando una mujer queda embarazada y luego trasladarlo a la selva cuando se gesta el parto. Por eso no es extraño ver a los nativos reverenciando este árbol o en ciertos casos escucharlos exclamar cuando pasan cerca de alguno de ellos que están frente al ombligo de su abuelo o de su padre.

¿Es acaso la identidad una construcción histórica y social? Si nos remitimos al ejemplo anterior, casi con plena seguridad podríamos afirmar que sí; más aun cuando todo pueblo que se desplaza de un lugar a otro quiere transmitir lo mejor de sí mismo. Pero no siempre la transmisión de la memoria y tradiciones adquiere visos de identidad. ¿Qué vincula hoy a los griegos actuales e incluso a la humanidad con aquel moderno pueblo de la antigüedad? Sin discusión, podría decirse que muchas cosas teniendo en cuenta los múltiples parámetros sociales, culturales y políticos que legó este pueblo al mundo entero; pero, ¿acaso podría afirmarse que existe en la actualidad una nación o grupo social que preserve la identidad de este pueblo? Claro que no. Tal vez se podrá razonar de la misma manera que lo hicieron los griegos, pero nunca asumir o emular la forma de ser de este pueblo.

⁸ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 22ª ed., Madrid: Espasa Calpe, 2002. T. II., pág. 1245.

El tema de la identidad se ha vuelto tan complejo de estudiar en la actualidad, que incluso aquellos teóricos de la globalización que auguraron la muerte de los nacionalismos hoy han tenido que replantear tales presupuestos al encontrarse que éstos en lugar de desaparecer se han hecho más visibles y en algunos casos violentos. Un texto reciente de Alberto Verón sobre este tema de la identidad nacional trae a colación tres concepciones alternativas⁹, según lo expuesto por Larrain: “la constructivista, que da una importancia clave al discurso y a cómo ellos crean sujetos, la esencialista que la considera un hecho acabado, un conjunto ya establecido de experiencias comunes y valores compartidos que se constituyó en el pasado, y la histórico-estructural que la define como un proceso en permanente construcción contextual”¹⁰.

¿Cuál concepción elegir? Difícil optar por alguna de ellas ya que las tres tienen sentido al momento de abordar el problema de la nación, si por ésta se entiende que es la reunión de grupos de personas que comparten tradiciones y aceptan en un mismo marco de conciencia colectiva la vida en común. Pero este asunto de la identidad nacional se complica todavía más para el caso de América Latina, puesto que los Estados-nación nacieron de unas fronteras extrañas, que no interpretaban las tradiciones y patrones colectivos de los grupos sociales. Lo que a la postre acentuó los regionalismos como la forma de identificación de estos grupos.

La cuestión de los regionalismos ya sea en Colombia o en América Latina es tan fuerte que en los últimos grandes procesos de migración se ha evidenciado que los individuos que salen de un país siguen manteniendo un regionalismo o un nacionalismo de larga distancia; a tal punto que los nexos nunca se pierden con la tierra natal, lo que hace que en lugar de nombrar a dicho individuo como un emigrante sea mejor nombrarlo como un trasmigrante. Sin embargo, el asunto de la identidad no es sólo una cuestión de nacionalidad o regionalismos. El liberalismo económico y político también ha propuesto una forma de identificación tan fuerte, que todo individuo o grupo social que no quiera pertenecer a tratados de libre comercio o integraciones económicas supranacionales no sólo corre el riesgo de ser marginado del estándar de vida capitalista sino de ser excluido y, en el peor de los casos, obligado por la fuerza a adscribirse a esta homogeneización. En su momento, el marxismo también propuso una identidad clasista (el proletariado), que a la postre debería conducir a una especie de vida comunitaria universal¹¹. Los nuevos movimientos sociales y culturales también promueven y defienden patrones de identidad. Últimamente, las manifestaciones sobre el patrimonio cultural asumen que la preservación y conservación de bienes culturales son una fuente indiscutible de identidad. De todas maneras, no se puede olvidar que detrás de todo patrimonio cultural, bien lo recuerda Walter Benjamin, hay una historia de vencedores y vencidos¹².

Ahora bien, si el asunto de la identidad se resolviera apelando al pasado o al patrimonio cultural, su definición se complica aún más cuando en un espacio específico la comunidad de un tiempo presente se percibe de forma distinta a las comunidades que le precedieron,

⁹ VERÓN, Alberto, “El concepto de identidad cultural: de problema teórico a perspectiva emancipadora: El caso de la Etnoeducación y el Desarrollo Comunitario en la Facultad de Educación en la Universidad Tecnológica de Pereira”, mayo 2004.

¹⁰ LARRAÍN, J., *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996.

¹¹ VERÓN, Op. cit.

¹² BENJAMIN, Walter, “Tesis filosóficas sobre la historia”, en BENJAMIN, *Textos escogidos*, México, Coyoacán, 1999.

como es el caso del debate actual en Pereira a propósito del cambio del nombre de la calle Belalcázar por el de Robledo y de los opositores a esta iniciativa. Todo lo cual induce a pensar que el asunto de la identidad o de las identidades no es la suma acumulada en el tiempo de procesos históricos o tradiciones. Más aún cuando dichos procesos son utilizados para defender intereses de grupos o con fines morales para condenar a los individuos y sociedades de otros tiempos que de forma irremediable llevan a construir “leyendas negras” del pasado.

El debate moral sobre la historia

No cabe duda que las iniciativas de cambiar el nombre de la calle Belalcázar por Robledo o por un nombre que hunda sus raíces en lo indígena se ha ubicado en un plano, por demás, de escaso rigor analítico al momento de establecer juicios para la historia y la identidad. El 8 de febrero de 2004, el columnista Lázaro Estrada Ospina en el Magazín dominical de *La Tarde* publicó un artículo titulado “De nombres y olvidos históricos” con el fin de establecer un debate por la “hediondez histórica” que la nueva avenida de la ciudad se llamara Belalcázar o Jorge Robledo. Entre otras cosas dichas por el columnista en su ferviente delirio condenatorio, argumentaba que en los tambos aborígenes aún “retumban los gritos de terror que este par de asesinos propiciaron sin piedad ni misericordia, aprovechando sus ventajas sobre una clase ignorante y desvalida”.

En primer lugar, habrá que decir que los indios no eran una clase; menos ignorantes y desvalidos. Son conocidos los grandes desarrollos en la agricultura y otras formas de vida material y espiritual por parte de las variadas culturas aborígenes, incluso superiores a las de los europeos. Es cierto que la empresa de conquista arrasó con la mayoría de este tipo de creaciones, pero en el mismo espacio, querámoslo o no aceptar, España buscó construir una nueva sociedad sustentada por una red de ciudades a lo largo y ancho del continente americano. La conquista sexual, lo cual implicó el mestizaje, el lastre de las epidemias y enfermedades, el sometimiento de la mano de obra indígena a una especie de servilismo parecido al que vivieron durante cientos de años los siervos adscritos a la tierra en muchas regiones de Europa y la esclavitud son parte innegable de nuestro pasado el cual dio origen a una sociedad de color con un triple legado: hispano-árabe, indio y afro, por no hablar de los pueblos que se habían mezclado en la propia Europa y la península ibérica antes de que partieran de Moguer y Palos de la Frontera los diestros marinos que al mando de Colón y Martín Alonso Pinzón arribarían a las “Indias Occidentales”, como así lo creyó el primero hasta su muerte.

¿Acaso nos hubiese ido mejor con los ingleses? Por el cruento exterminio al que fue sometida la población indígena en Norteamérica podemos asegurar que no. La época del descubrimiento de Europa en el siglo XVI coincide con una etapa en la historia de la humanidad caracterizada por la feroz conquista de pueblos en la propia Europa y en los territorios allende el mar; etapa que verá otro momento con el largo proceso expansivo hacia África y Asia en el siglo XIX y alcanzará sus clímax en las Primera y Segunda Guerras Mundiales.

La empresa de conquista española, a diferencia de la inglesa, se caracterizó por una legislación, así fuera en el papel, de protección a la población aborígen. De manera pues que los trasterrados ibéricos, con toda la posible carga de vicios y defectos, condición que también define nuestra propia humanidad, no llegaron al Nuevo Mundo a hacer y deshacer guiados únicamente por el capricho de sus apetitos inmoderados y el espejismo de El

Dorado. Durante algo más de tres siglos la legislación indiana intentó construir un mundo bajo el mandato y orden de la institucionalidad instaurada en España luego de la expulsión de los moros de Córdoba y Granada, hablamos de la encomienda y los resguardos por mencionar unas de las instituciones más conocidas para mantener en policía y cristiandad a los indios. Que esta legislación haya o no funcionado es otra cosa, y por supuesto al historiador le corresponderá entrar a sopesar el alcance, efectividad y desafueros de tales medidas.

No es cierto, por ejemplo, que en el primer viaje de Colón a América y posteriores llegaron los vagos, prostitutas y cuanto truhán pudo salir de España –aún escucho la voz de mi profesor de historia asegurando esto con febril acento–. La empresa de conquista fue financiada por grandes casas banqueras y ejecutada por marinos, capitanes y soldados en la tantas guerras que hicieron a los moros hasta expulsarlos de España. Para emprender su viaje a las Indias Occidentales, Colón recurrió primero a la corona portuguesa y ante la negativa finalmente fue escuchado en España. Incontables fueron los ruegos del colombino en el convento de Santo Domingo (Moguer) para que su proyecto alcanzara eco entre las mujeres de la nobleza –y tal vez las menos agraciadas– que habían abrazado la vida religiosa y de allí hacia las altas cortes. En La Rábida, lugar de donde partieron las naves del descubrimiento hay una réplica exacta de las tres Carabelas; las mejores naves del momento y dos de ellas construidas para tal fin por los marinos de los confines del Tinto-Odiel (Huelva). Los Reyes Católicos le habían hecho un requerimiento a los habitantes de Palos para que construyeran dos de las tres carabelas, puesto que la villa tenía de tiempo atrás una especie de pena que cumplir por sus tratos poco claros con los lusitanos¹³. Cuando se tiene la posibilidad de ver y subirse a estos “armatostes” de madera, asusta creer que en esa frágiles y estrechísimas embarcaciones se hubiera emprendido tan aventurero viaje. Habrá entonces que imaginar a aquellos primeros marinos y posteriores viajeros emprendiendo un incierto viaje en medio de los vómitos, cucarachas, ratas y cuanta hediondez pueda imaginarse en tan hacinadas condiciones de vida, por fortuna apaciguada por las brisas frescas del mar.

¿Se podría creer entonces que a América llegó sólo la escoria de España? Claro que no. Con seguridad llegaron vagos, prostitutas, truhanes, etc., –valga agregar, nuestros parientes– como los hay en toda sociedad, pero también vinieron nobles, funcionarios, comerciantes, campesinos y gentes del común. Emprender un viaje desde Europa hasta América no era fácil por las terribles condiciones del mismo, pero sobre todo por los controles que el Consejo de Indias mantenía con celo. Así, un viaje costaba mucho dinero; es cierto que también llegaron muchos *llovidos* –para lo cual no hay cifras– o individuos que burlaban la legislación indiana. Hoy, por ejemplo, son conocidas las *cartas de llamado* que hacían las mujeres a sus esposos que no querían volver¹⁴, al igual que se conoce ya una cifra tentativa de la emigración de ibéricos a América en aquel período¹⁵. El descubrimiento y conquista es también una historia de la emigración; claro que también tiene que dar

¹³ IÑIGUEZ, Benito, *Martín Alonso Pinzón: el calumniado*, Sevilla: José de Haro, 1991, págs. 13-14.

¹⁴ Sobre estas cartas, remitirse a: MÁRQUEZ MACÍAS, Rosario, *Historias de América: La emigración española en tinta y papel*, España, ERTOL, s.f.; OTTE, Enrique, *Cartas privadas de emigrantes a Indias*, 1ª reedición, México, FCE, 1996.

¹⁵ Basándose en cifras oficiales, el número de españoles llegados a América no sobrepasa los tres cuartos de millón; véase: MARTÍNEZ SHAW, *La emigración española a América, 1492-1824*, Gijón, Principado y Caja de Asturias, 1994.

cuenta de vejaciones y maltratos, pero así mismo de los nuevos estados sociales que dieron origen a lo que hoy somos. Desconocerlo, es negar nuestra identidad.

La historia es una mirada cargada de preguntas del presente desde el cual se mira. José Antonio Galán, el gran héroe precursor de la independencia –según reza la cartilla patria–, fue puesto preso y asesinado por los mismos hombres que en su momento apoyaron la Revuelta Comunera bajo el lema ¡Viva el Rey y muera el mal Gobierno! Manuela Beltrán, heroína también de esta gesta precursora de la independencia, entró en la historia el mismo día que salió de ella, pues su gran proeza fue rasgar un edicto y luego caer en el olvido al igual que nuestro gran héroe comunero a quien le amputaron los miembros de su cuerpo y después los expusieron en lugares públicos para que nadie nunca jamás osara emular esta empresa¹⁶. Fueron los “nuevos hombres” de la Independencia –valga señalar criollos y mestizos que perpetuaron privilegios heredados de la colonia y condujeron al país por un abismo sin glorias en las tantas guerras civiles, que aún siguen tocando fondo– quienes sacaron del olvido a estos dos héroes para construir una nueva identidad republicana que, por supuesto, repudiaría todo lo anterior bajo el lema de usurpadores y asesinos de la patria. Desde este presente, el de un historiador que se hace preguntas con toda la pasión del asombro pero también con la medida de los argumentos, creo que tanto Belalcázar como Robledo, el cacique Consota o cualquier indígena y español de aquella época comparten, para bien o para mal, una historia común. Lo importante es entender qué ocurrió en esa época, cuáles fueron las circunstancias y móviles que llevaron a los hombres y mujeres a actuar de una y no de otra manera. Por supuesto que habrá que evaluar y emitir juicios, pero siempre buscando explicar los procesos históricos.

En virtud de esta elección, habría también que decir que Belalcázar, por motivo de las circunstancias del análisis histórico, tiene que ver menos con Cartago o Pereira que el propio Robledo, pues éste último fue el fundador de la antigua Cartago (en el mismo sitio donde se crearía Pereira en 1863) y de otras del centro occidente colombiano. Ahora bien, que Robledo cargue con todo el peso de infamia de haber pasado por la espada, junto con su hueste, a los indios de esta región, y por ello no debería hacerse siquiera un homenaje mencionando una calle con su nombre, es un juicio ahistórico y falto de toda mesurada reflexión. Entrar en esta lógica maniquea de juicios y responsabilidades sería como que los españoles decidieran quitar del vocabulario el nombre de Andalucía –sólo por mencionar una de las provincias autonómicas de origen árabe– y cuanta palabra (*aceite, arroz, ajedrez, alcalde, almohada*, etc.¹⁷) los acercara a la infamia de la conquista musulmana en la península ibérica y así sucesivamente, si se tiene en cuenta que la partera de la historia –ya lo decía Marx– ha sido la violencia.

Ni con los españoles ni con Robledo comenzó la explotación del hombre por el hombre. Por supuesto que quienes llegaron acá –nuestros ancestros que se mezclarían con sangre indígena y afro– no eran unas “peritas en dulce” y por ello la historia y demás ciencias sociales tendrán que dar cuenta en sus interpretaciones del genocidio, pero tampoco se puede olvidar que en el momento de la conquista muchos grupos aborígenes se encontraban en guerra entre ellos, ya que habían construido sus imperios bajo la lanza del sometimiento, como fue el caso del pueblo Maya –por citar un ejemplo, según lo testimonian las últimas

¹⁶ Véase: LEDDY PHELAN, John, *El pueblo y el rey: La revolución comunera en Colombia, 1781*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.

¹⁷ ALONSO, Juan Ignacio, ed., *Gramática esencial del español*, 2 ed., Madrid, Espasa Calpe, 2002, pág. 61.

investigaciones—, que construyó un mundo simbólico, en cierto período de su historia, basado en la sangre y el dolor. En los relatos de crónicas e informes también se dio cuenta de las guerras internas que había entre los grupos aborígenes en el territorio de lo que hoy se llama Colombia. Los Quimbayas, por ejemplo, llamaban a los Putimaes “su langosta” por los guerras en las que al parecer los primeros no habían salido bien librados¹⁸. ¡De guerras e infamias está plagada la Historia! Ya Borges lo señalaba en su conocido texto de cuentos *Historia Universal de la Infamia*. Infame lo que se hizo con los Pijaos durante más de setenta años (grupos de tribus rebeldes que se ubicaron en la cordillera Central desde Chaparral hasta Buga) en las tantas guerras para exterminarlos en la segunda mitad del siglo XVI y segunda del XVII. Quien quiera conocer esta historia, puede remitirse al libro de Alonso Valencia Llano *Resistencia indígena a la colonización española*¹⁹.

Todo esto me hace pensar en una ocasión en que se desarrollaba el Primer Encuentro Iberoamericano de Religiosidad y Cultura Popular en la Villa de Almonte, España (1999), y luego de un acalorado debate en las conferencias por parte de uno de los ponentes americanos —como así debe ser siempre y cuando todo se haga en el plano de los argumentos—, éste le preguntó en el comedor a un señor con barbas a lo Carlos Marx, quien además hacía gala de buen conocedor de vinos y de lo mejor de la comida española y americana: ¿qué pensaba acerca de la vil extinción a la cual fue sometida la población aborigen por parte de ellos, es decir de los españoles? A lo cual, sin inmutarse, el señor de barba blanca le respondió con otra pregunta: ¿Nosotros o Ustedes?

Lo que el señor de barba de marinero quería decir con su contra pregunta era que muchas de las guerras de conquista y sometimiento a los aborígenes americanos fueron echas, sin duda, por mandato de la corona española, pero también por los españoles que se quedaron en América y segundo por la nueva sociedad, es decir, nosotros, los americanos, en las posteriores guerras de extinción, como las que se hicieron contra los Pijaos y muchos otros grupos aborígenes. Como bien lo señala Guido Barona, la historiografía de este periodo que se conoce como la conquista y el descubrimiento del Nuevo Mundo está por escribirse ya que se ha pasado por alto una cantidad de procesos en los que sólo se atinó a presentar “un hecho de armas, de barbarie, una épica escrita en una prosa narrativa configurante del mundo de los vencidos”²⁰.

Si se tratara de pedir cuentas —elección que no le hace bien a la historiografía—, entonces que le pidan cuentas a todos nosotros, la sociedad colombiana actual, los escasos pueblos indígenas sobrevivientes y la población afro traída para trabajar como esclava en las minas. ¿Se imaginan la deuda impagable que tendremos con las generaciones futuras si nos cobran por la destrucción del Chocó biogeográfico o de las selvas del amazonas? El problema es a quién le van a cobrar dichas generaciones si ellas también serán parte y contraparte de lo que hagamos aquí y ahora.

¿Cómo nos mirarán acaso las posteriores generaciones cuando los historiadores tengan que explicarles que en la segunda mitad del siglo XX, para no ir más allá, se desarrolló una cultura de violencias dolorosas y sangrientas? De seguro que si ese historiador lo va a hacer

¹⁸ SIMÓN, Pedro, fray, *Noticias históricas: De las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, Bogotá, Banco Popular, 1981, T. V., pág. 295.

¹⁹ VALENCIA LLANO, Alonso, *Resistencia indígena a la colonización española*, Cali, Universidad del Valle, 1991.

²⁰ BARONA BECERRA, Op. cit., pág. 82.

con el apasionamiento de un juicio histórico que cobra cuentas, ninguno de los colombianos de la actualidad pasaríamos el examen. Pero nosotros, los que vivimos y padecemos este presente de Colombia sabemos que somos mucho, pero mucho más que el reporte de una estadística o de una chiva de noticiero. Al historiador del futuro como al de ahora le corresponde sopesar en la balanza de sus juicios y explicaciones todas las variables de un estado social, desde la vida material hasta la espiritual, a la manera de un visión caleidospica en la cual las imágenes se multiplican según se gira el tubo por donde se mira. La complicidad con el narcotráfico que hoy alimenta nuestra guerra (sin desconocer las extremas desigualdades como sustento de lo mismo), para mirar el problema desde otra visión, que se dio desde los estratos más ricos hasta los más pobres en la sociedad antioqueña y colombiana en general –muy a propósito de la última película de Víctor Gaviria, *Sumas y Restas*– es incuestionable; lo mismo podría decirse de la violencia o de la corrupción. Pero cuidado, no todos entramos en ese paseo deslumbrante o por lo menos no quisimos hacer parte de él.

Lo que se pone en evidencia en Pereira y su área metropolitana con este debate del cambio de nombre de la calle Belalcázar por Robledo es que la discusión de las ciencias sociales se ha quedado en un plano moral, como el aquí expuesto, o episódico signado por la pluma de los cronistas y los relatos incuestionables de los historiadores tradicionales que trataron de forjar una identidad en la ciudad. Y no es que su trabajo haya sido de poco valor, pero como en todas las cosas de la vida, más en el saber, todo cambia y requiere de nuevas indagaciones, escrituras y debates. Una vez le preguntaron a Karl Popper si el conocimiento era finito y él respondió que no lo sabía pero de lo que si estaba seguro era que nuestra ignorancia era infinita.

La historia como cualquier otra ciencia social que indaga por la verdad sabe que la dinámica del saber es infinita, al igual que está cargada de intereses. Si el historiador es conciente de esto, ¿cuál es entonces su papel en la sociedad? ¿Para qué la historia? Como es obvio, estas dos preguntas entrañan respuestas poco fáciles y aun diversas, pero no por ello hay que evadirlas.

El historiador y la sociedad

Aunque ya es de Perogrullo remitirse a la pregunta de Marc Bloc en su *Apología de la historia* acerca de la utilidad de la disciplina²¹, bien vale la pena comenzar por la sencilla respuesta de dicho autor. Para Bloch, la historia como cualquier arte, oficio o disciplina que se hace con pasión sirve para divertirnos. Sugerente y a la vez libérrima conclusión si hemos de atenernos a aquellas respuestas que dicen que la historia sirve para aprender del pasado y no repetir sus errores. Mientras los intereses de poder gobiernen los apetitos de los hombres y las razones de Estado, no es posible creer que el estudio de la historia sea de alguna utilidad en los fines expresados. Al final de su vida Voltaire llegaría a esta terrible conclusión, pues el absolutismo ilustrado sólo había llenado a los gobernantes de su tiempo de mejores motivos para ejercer el poder en función de sus intereses. Pueda que algunos de aquellos gobernantes hayan aprendido del pasado o que los actuales hayan extraído ciertas enseñanzas de la historia, pero nada garantiza que tales enseñanzas sean puestas al servicio de los mejores propósitos o las más nobles causas.

²¹ BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, 2ª edición en español revisada, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

La conclusión a la que llegara Bloch es una respuesta franca. Tal vez escéptica de la condición humana o desesperanzadora y hasta censurable por aquellos historiadores que consideran que la historia tiene sentido en cuanto es portadora de un mensaje de transformación de la sociedad²², pero, reiterémoslo, la repuesta de Bloch no dejar de ser sincera y sin la carga a cuestas de un fardo tan pesado como aquél de conducir a los seres humanos por el supuesto camino correcto.

Otros historiadores también aliviados de esta pesada carga, consideran que la historia sirve para explicar las actuaciones de los seres humanos. Algo así como aquella especie de idea socrática que relaciona el bien con el saber. Si de este saber se aprende, vaya y venga, pero ése no es el fin de la historia. Si bien no es la mejor respuesta o por lo menos la que nos deja más satisfechos, esta perspectiva, al igual que la anterior, libera el oficio del historiador de los juicios morales y por ende de aquellas posiciones radicales como las ya expuestas en este escrito, que en nada contribuyen a aproximarse a la comprensión más apropiada de los procesos históricos y que la mayoría de las veces están motivadas por intereses de poder o por el ego propio del historiador que no abre sus horizontes a otras perspectivas.

Como un conocimiento en continuo progreso, la historiografía debe evitar los sesgos interpretativos y estar sometida a la crítica permanente de las fuentes. Si el historiador asume este papel, en parte le habrá cumplido a la sociedad. “La historia no está encarcelada dentro del curso de las cosas muertas”, decía Braudel en un artículo que llamaba *La historia operacional*²³, una historia que brinda las claves para entender los ámbitos de la actualidad, especialmente los que no han cambiado o apenas se han modificado, es decir, la historia de los estados sociales o socio-económicos, o culturales o demográficos en los que la vida transcurre despacio y exige cuentas precisas para evitar los errores de la fantasía, de la historia fáctica o *événementielle* y de la historia de la coyuntura²⁴. De todas maneras, otros historiadores no creen que la estructura esté determinada por las cuentas precisas. Es tan legítimo, argumentan, el análisis de aquellos tiempos largos y superpuestos que nos traen hasta el presente como los microanálisis históricos que reconocen la *diversidad* de la cultura²⁵. De manera que para entender el presente es tan legítimo aquella historia de la larga duración como aquélla de las historias de vida que le permiten dar coherencia o se articulan complementariamente a esa gran historia social.

No son pocos los ejemplos que demuestran los sesgos interpretativos de la historia, de ahí la imperiosa necesidad de estar en una permanente reescritura de la misma. En Pereira, por señalar alguno de ellos, la creación de esta población que lleva su nombre en honor José Francisco Pereira Martínez aún reviste muchas dudas acerca del papel que desempeñó este ilustre neogranadino y su familia, en especial su hijo Guillermo, en el momento de “donar” las tierras para levantar el poblado. ¿Pillo, filántropo, o un hombre con intereses de

²² Sobre el papel transformador de la historia, véase: FONTANA, Josep, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, Bogotá, Pensamiento Crítico, 2003, págs. 18 FONTANA, Josep, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, págs. 114, 142.

²³ BRAUDEL, Fernand, *La historia operacional: La historia y la investigación del presente*, en *Contrahistorias: La otra mirada de Clío (Dossier: Corriente de los Annales)*, no. 2, marzo-agosto de 2004, pág. 30.

²⁴ Ibid., págs- 32-33.

²⁵ GRENDI, Edoardo, “Paradojas de la Historia Contemporánea”, en *Contrahistorias: La otra mirada de Clío (Dossier: Corriente de los Annales)*, no. 2, marzo-agosto de 2004, pág. 56.

valorizar su hacienda al crearse un poblado ya fuera en sus tierras o colindante a ellas?, es la pregunta que le asalta al historiador cuando se percata que son dos las tradiciones que acompañan las versiones de la creación de esta ciudad. La una, en la pluma del cronista Carlos Echeverri Uribe (1909) quien afirma que Guillermo Pereira Gamba nunca donó los terrenos para la fundación de Pereira y que en su lugar impugnó el proyecto de la donación de las tierras (doce mil hectáreas) ante el Congreso²⁶. En parte, una tradición avalada, muchos años después, por la *Historia de Pereira* de Jaime Jaramillo Uribe (1963)²⁷ y en un trabajo más reciente de Gilberto Cardona López²⁸. La otra versión, posterior a la de Echeverri Uribe, en las plumas de Ricardo Sánchez²⁹ y Hugo Ángel Jaramillo³⁰ quienes desvirtúan lo dicho por Echeverri Uribe y aseguran que, en efecto, Pereira Gamba donó los terrenos para la creación de Pereira. Lo cierto es que nada aún está claro y la crítica de fuentes permitirá desentramar esta historia que va más allá de una donación de tierras y dejará ver un conflicto entre colonos y propietarios, quitándole la aureola rosa a la fundación de esta ciudad y a muchas otras de la colonización antioqueña que por muchos años se ha querido perpetuar así.

Si de historias rosa se trata, el trabajo que les espera a los historiadores es enorme, pero no sólo en el trabajo de crítica de fuentes sino de enseñanza hacia las nuevas generaciones que esperan un compromiso con la verdad. Hace algunos años, por mencionar otro caso de historias con sesgos interpretativos y acciones legitimadoras, se presentó en Bucaramanga un debate acerca de su creación. La versión oficial escrita por Enrique Otero D'Acosta³¹,

²⁶ ECHEVERRI URIBE, Carlos, *Apuntes para la historia de Pereira*, 3ª edición, Pereira, Papiro, 2002, págs. 57-58.

²⁷ Se dice que en parte, porque esta es la versión de Jaime Jaramillo: “No puede dudarse que la familia Pereira Martínez, y particularmente Francisco Pereira Martínez y su hijo Guillermo Pereira Gamba tenían amor por las tierras aledañas a su viejo solar, Cartago; pero lo más probable es que su iniciativa de fundar una ciudad en las tierras que el primero había adquirido en 1826, había de por medio una buena dosis de interés en la valorización que dichas tierras obtendrían con dicha fundación y con su apertura por parte de los colonos asentados en ella.... Lo que sí honra la memoria de Pereira Gamba fue el criterio que tuvo cuando resolvió desprenderse de la propiedad de sus tierras, para cederlas a los colonizadores en forma de pequeñas parcelas. Sus instrucciones a la Villa de Pereira. Sus instrucciones a las autoridades de la Villa de Pereira, indicando la forma en que debían hacerse tales adjudicaciones, denuncian la existencia de un sabio y justo criterio social”. Véase: JARAMILLO URIBE, Op. cit., págs. 362-364.

²⁸ Al respecto, dice Gilberto Cardona: “Para nadie es desconocido el papel político jugado por el Dr. Pereira y sus hijos en la vida nacional de entonces... Así mismo, puede colegirse de los documentos de la sucesión después de su fallecimiento que no estaba localizada su concesión en los terrenos que hoy ocupa el área urbana del municipio de Pereira y nunca los solares pudieron ser donados por su heredero Guillermo Pereira Gamba como afirman románticamente algunos historiadores. En sus propias palabras éste afirma en la sucesión que no posee tierras en dicha área urbana y por el contrario solicita que se le adjudique un solar bien localizado en ella”. Véase: CARDONA LÓPEZ, Gilberto, *Raíces de la desindustrialización en Risaralda*, Pereira, Papiro, 2003, pág. 21.

²⁹ SÁNCHEZ ARENAS, Ricardo, *Pereira 1875-1935*, Pereira, Papiro, 2002, págs. 38-39.

³⁰ Esto es lo que dice Hugo Ángel: “Si se lee detenidamente el testimonio notarial transcrito en su integridad {de Pereira Gamba, octubre 1864}, es dable el rechazar los documentos apócrifos e que se desconoce la escritura en mención y trata de opacar ingratamente la dadivosidad del doctor Pereira. Igualmente, argumentan que los terrenos de Pereira no estaban comprendidos en el área de la ciudad, testimonio también falso si se relee cuidadosamente el área demarcada por el donante y la exclusión expresa del terreno del señor Gallego otorgado con antelación, hasta hoy periferia de la ciudad, y respetado en la cláusula pertinente”. Véase: ÁNGEL JARAMILLO, Hugo, *Pereira: Proceso histórico de un grupo étnico colombiano*, Pereira, Gráficas Olímpica, 1983, T. I., págs. 49-51.

³¹ OTERO D' ACOSTA, Enrique, *Cronicón solariego*, Bucaramanga, Cámara de Comercio, 1972.

que aún es la que se acepta, afirma que Bucaramanga fue creada en 1622 cuando por mandato del visitador Juan de Villabona Zubiaurre se congregó a los naturales productivos en el pueblo de indios de Bucaramanga ante la renuencia de la familia Velasco y los propios indios de salirse de la estancia de Bucarica. Pero si se tratara de hablar con criterios o pretensiones de verdad, los indios casi nunca habitaron este lugar debido a que su economía estaba basada en la extracción de oro de aluvión por entre los múltiples afluentes de agua que bajaban de la montaña hacia el llano de Bucaramanga y de Río Frío. Durante algo más de ciento cincuenta años las tierras de dicho pueblo y resguardo de indios sufrieron una presión constante por parte de los vecinos de la ciudad de San Juan Girón que corrían las fronteras hacia dicho resguardo. De hecho, cuando en 1778 el visitador Francisco Antonio Moreno y Escandón decidió fundar la parroquia de Chiquinquirá y San Laureano del Real de Minas de Bucaramanga y trasladar las pocas almas del pueblo de indios hacia Guane, sólo estaba dando legalidad a la casi completa ocupación de las tierras por parte de la población no indígena que esperaba que las tierras salieran a remate para comprarlas. El proceso de adjudicación de las tierras no fue nada fácil ante los intereses de los pobladores, pero eso ya es otra historia³²; lo importante para resaltar aquí es que Bucaramanga como parroquia sólo fue creada en 1778, pero cuando la nueva generación de historiadores dio a conocer este largo y conflictivo proceso, las voces de la tradición –como ya se mencionó, avaladas en su momento por las investigaciones de Enrique Otero D’Acosta–, salieron a defender la fecha de 1622 como la única cierta para la creación de Bucaramanga. Detrás de esta fecha se ocultaba un largo conflicto por la tenencia de la tierra en los valles del Río de Oro y Río Frío entre los pobladores de las ciudades de San Juan Girón y Pamplona que se disputaban la jurisdicción de Bucaramanga, además de nuevos conflictos que se desataron cuando se liberó la tierra al suprimir el pueblo de indios de Bucaramanga y sus pocas almas fueron expulsadas hacia la provincia de Guane. Así, cuando los indios decidieron regresar, los nuevos propietarios de los remates de las tierras les permitieron vivir en la recién erigida parroquia, pero hacia la hoya de la Quebrada Seca, un sitio, como su nombre lo indica, que no era el más irrigado y propicio para asentarse. El mismo caso sobre este tipo de conmemoraciones que ocultan los procesos históricos, y que curiosamente compromete de nuevo a Enrique Otero D’ Acosta, podría referirse a la fundación de Anserma (Caldas) y Anserma Nuevo (Valle), tan bien ilustrada por la esmerada pluma de Ricardo de los Ríos Tobón en un libro que lleva por título *Historia del Gran Caldas: Orígenes y colonización hasta 1850*³³. Dice Ricardo de los Ríos que si bien hay un consenso histórico de que Robledo fundó a Anserma en el sitio o en las cercanías de Anserma Caldas y que dos siglos después los vecinos decidieron trasladar su poblado cincuenta kilómetros al sur, cerca de Cartago (Valle), en 1939 se desató una polémica entre los académicos de Caldas y Valle con motivo de los cuatrocientos años de Anserma. Cada parte quería adjudicarse las celebraciones porque el Congreso Nacional dispuso un aporte de cien mil pesos. Después de una emotiva disputa sobre la ubicación real (los vallunos argumentaron que Robledo había hecho tres fundaciones y que ninguna de ellas coincidía

³² Los pormenores de esta historia se encuentran en: MARTÍNEZ ROA, ACEVEDO TARAZONA, Álvaro y MARTÍNEZ GARNICA, Armando, *Floridablanca: Historia de su poblamiento y erección parroquial*, Bucaramanga, La Bastilla, 1994.

³³ RÍOS TOBÓN, Ricardo de los, *Historia del Gran Caldas, vol. 1: Orígenes y colonización hasta 1850*, Manizales, Imprenta Departamental, 1983, págs. 249-275.

con la ubicación de la Anserma de Caldas) y traslado de la ciudad, Caldas, a la cabeza de Enrique Otero D' Acosta, logró quedarse con la partida presupuestal.

Lo importante que se descubre en estas versiones no es tanto un asunto de fechas, sino que tras de ellas se evidencian discursos legitimadores o juicios morales como los señalados al comienzo de este escrito; de la misma forma, se obvian o se ocultan procesos históricos explicativos que dan luces sobre los grupos sociales. Como dice Edoardo Grendi, el historiador es una especie de clérigo con un alto sentido político proclamando que la historia debe ser nuevamente escrita en cada generación³⁴. Allá quien quiera aprender o no de los historiadores. El historiador siempre estará ahí para aproximarse a la interpretación más apropiada del acontecer humano, y eso ya es un compromiso con la sociedad de su tiempo.

³⁴ GRENDI, Edoardo, Op. cit., pág. 56.